

#12

TESTIMONIOS CRÍTICOS

ENRIC SULLÀ,
NORA CATELLI,
BEATRIZ SARLO



Resumen || Estos *Testimonios críticos* recogen aportaciones de autores destacados de la historia de la teoría literaria en el ámbito hispánico. Enric Sullà (Barcelona, 1950), profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada desde 1988 y catedrático de dicha área desde 2008 en la Universitat Autònoma de Barcelona, recuerda y pone en perspectiva la «arribada desitjada» del estructuralismo francés a Cataluña y España a finales de los sesenta y principios de los setenta. Nora Catelli (Rosario, 1946), exiliada en Barcelona en 1976 y profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universitat de Barcelona desde 1997, reflexiona en su texto —una conferencia del año 1987— sobre «los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual». La sección se cierra con un escrito de Beatriz Sarlo (Buenos Aires, 1942), miembro de *Los libros* (1969-1976) y directora de *Punto de vista* (1978-2008), además de una de las máximas impulsoras de la renovación teórica de la crítica argentina desde finales de los sesenta. En «Barthesianos de por vida», escrito en 2005 a veinticinco años de la muerte de Roland Barthes y que republicamos hoy con motivo del centenario de su nacimiento, Sarlo traza un breve retrato de «un escritor que tomaba sus argumentos de la literatura o los convertía a la literatura» y reivindica su lectura.

Palabras clave || Teoría de la literatura | Testimonios | Estructuralismo | Deconstrucción | Roland Barthes

Abstract || These Critical Testimonies bring together contributions by distinguished authors of literary theory in the Hispanic context. Enric Sullà (Barcelona, 1950), lecturer of Literary Theory and Comparative Literature since 1988 and professor of the same area at the Universitat Autònoma de Barcelona since 2008, recalls and puts in perspective the “arribada desitjada” (“desired arrival”) of French structuralism to Catalonia and Spain in the late sixties and early seventies. Nora Catelli (Rosario, 1946), exiled in Barcelona in 1976 and lecturer of Literary Theory and Comparative Literature at the Universitat de Barcelona since 1997, reflects in her text—a conference from 1987—about “los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual” (“the theoretical limits of critical discourse in contemporary thought”). The section closes with a text by Beatriz Sarlo (Buenos Aires, 1942), a member of *Los libros* (1969-1976) and director of *Punto de vista* (1978-2008), in addition to serving as one of the main promoters of the theoretical renovation of Argentinean criticism since the late 1970s. In “Barthesianos de por vida,” originally written in 2005 on the occasion of the 25th anniversary of Roland Barthes’ death and republished in this issue of 452°F to commemorate the centennial of his birth, Sarlo sketches a portrait of “un escritor que tomaba sus argumentos de la literatura o los convertía a la literatura” (“a writer who took his arguments from literature or turned them into literature”) and vindicates the reading of Barthes.

Keywords || Literary Theory | Testimonies | Structuralism | Deconstruction | Roland Barthes

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Enric Sullà

¿Qué esperamos aquí, en la plaza reunidos?

A los bárbaros, que hoy llegan.

C. Kavafis, «Esperando a los bárbaros» (tr. C. Millares)

El título y la cita se justifican porque me convenía que los bárbaros del poema fuesen no solo los estructuralistas, sino todos los pensadores franceses (y extranjeros en general) esperados por los ciudadanos de un país sofocado, al que han intentado aislar haciéndole creer que no necesita nada de fuera porque ya lo tiene todo; un país, pues, cuyas gentes más inquietas esperan, paradójicamente, que los forasteros resuelvan los problemas que no han sabido o no han podido resolver ellos mismos. Si en el poema de Kavafis los bárbaros que solucionarán la decadencia acaban no llegando nunca, a la España y Cataluña de los últimos años de la década del sesenta sí que llegaron, de manera indirecta, por cierto, pero llegaron. De manera oblicua, contribuyeron a remover las aguas estancadas de la universidad, del pensamiento, de la cultura. Tan disimulada como efectiva, fue una llegada deseada, esperada, necesaria para catalizar las energías culturales reprimidas; una corroboración de lo que ya estaba germinando. Me apresuro a afirmar, sin embargo, que lo que viene a continuación no es más que una sucinta nota bibliográfica de la recepción del estructuralismo en Cataluña, y en España, confiando en que puede contribuir al capítulo correspondiente de una historia catalana o española del pensamiento teórico y crítico (Díaz, 1974; Martínez Romero, 1989; Pozuelo Yvancos, 2011).

En una síntesis eficaz de la evolución de la filosofía en Cataluña durante el siglo XX, Pere Lluís Font señala una rápida sucesión de recepciones o asimilaciones de movimientos en la universidad de la segunda mitad de la década del sesenta, que coincide con la pérdida de autoridad del neotomismo dominante hasta entonces. Así, dice, durante el curso 1964-1965 tocaba ser heideggeriano; durante 1965-1966, hegeliano; durante 1966-1967, marxista; durante 1967-1968, neopositivista; durante 1968-1969, estructuralista; después, continúa: «aniran arribant als medis filosòfics del país el freudisme, el freudomarxisme, la fascinació per l'Orient, el postestructuralisme, la filosofia de la ment, etc. A partir del començament de la dècada dels setanta, trobem ja un pluralisme més o menys estabilitzat» (Font 2001: 50-51). Aunque Font las describe como «onades successives d'entusiasme», que a menudo descubrían la sopa de ajo, estoy convencido de que dejaban un poso que contribuía a ampliar las posibilidades intelectuales de la universidad. Ahora bien, lo que a mí me llamó más la atención es la afirmación de que durante el curso 1968-1969 tocaba ser estructuralista, entre otras razones porque fue durante ese año que comencé a estudiar en la UAB y diría que sí, que Font tiene bastante razón, que el estructuralismo estaba en el

aire, pero no era solo estructuralismo, y conviene tenerlo presente: también estaba el marxismo (o los marxismos, para ser exactos), cada vez menos limitado por la censura política y cultural. Y con el estructuralismo llegaba también la semiología, como era evidente en la obra de Roland Barthes, o lo sería inmediatamente en la obra de Umberto Eco, que se llamaba semiótica.

Es posible que durante el curso 1968-1969 el estructuralismo fuese tendencia (como se diría actualmente) en la universidad catalana (limitada entonces a la de Barcelona), pero me parece que la recepción en lo que entonces era el pequeño espacio de la cultura catalana comenzó un poco antes, en 1967; se hizo presente en 1968, se acentuó en 1969 y llegó a 1973 con gran esfuerzo, como evidencian las referencias que menciono a continuación¹. No me refiero, está claro, a los textos originales, porque el *annus mirabilis* (*l'année lumière*) del estructuralismo sería 1966 (Dosse, 1991, vol. I: 384-420)², sino, por una parte, a la publicación en Francia de libros de divulgación de ese movimiento que se había convertido en moda, y, por otra parte, en España, a la aparición de artículos, en primer lugar, y de traducciones inmediatamente después, de temáticas relacionadas con el estructuralismo, que mezclaban los textos originales y las obras de divulgación. Cabe remarcar dos circunstancias: la cantidad, porque pocas veces se ha traducido tanto de un solo tema, y sobre todo, en la somnolienta España franquista; y la proximidad de la fecha de las traducciones con la de las publicaciones del original. Las traducciones sirven como indicador, no solo del interés por lo que era una novedad y una moda en París (ciudad de referencia cultural y política), sino también como síntoma del cambio incipiente del panorama intelectual y editorial en España, donde las editoriales más inquietas hicieron un esfuerzo de actualización (Seix Barral y Edicions 62, en Barcelona) y donde aparecieron editoriales (Alberto Corazón o Akal, en Madrid, por ejemplo) que se especializaron en la publicación del tema o temas de moda; editoriales que encuentran un público lector, formado en gran parte por estudiantes y profesores, gente casi siempre joven, que quería ponerse al día, saber qué pasaba fuera de España, empezando por Francia. La expansión del libro de bolsillo, con precios asequibles (Alianza Editorial, en Madrid, o «Breve Biblioteca de Bolsillo», en Barcelona), que se registra a partir de 1966 aproximadamente, también contribuyó a acercar el libro a un número creciente de lectores, en paralelo al incremento de la población universitaria y estudiantil en general, que se acentuará a lo largo de toda la década del sesenta.

Apesar de esto, sería incorrecto pensar que el público lector interesado en lo que pasaba fuera solo accedía a ello mediante traducciones, si bien en aquellos años si se sabía un idioma este solo podía ser el francés. Debo decir, entonces, que había un número de lectores (bastante reducido, se puede conceder) que accedía a los textos del estructuralismo, es decir, a los libros franceses, de manera directa. No era necesario ir a Francia (el viaje era bastante caro) porque los

NOTAS

1 | Si tuviese en cuenta el campo universitario y cultural español, habría que estirar la recepción hasta 1972, con una gran intensidad de traducciones entre 1970 y 1972. Pero no es este el espacio para ofrecer información bibliográfica detallada, que tendrá que esperar para verse publicada.

2 | Véase Max Hidalgo, *El problema de la escritura en el campo intelectual francés (1945-1975)*, tesis doctoral defendida en la Universitat de Barcelona en 2013.

libros se podían comprar (si superaban la censura) en la Llibreria Francesa de Barcelona, y en librerías más o menos militantes como Cinc d'Oros, Les Punxes o la extraordinaria Leteradura (abierta entre 1969 y 1979), casi todas ya desaparecidas. A estas librerías llegaban, además, y es un hecho que no se puede olvidar, traducciones publicadas en América del sur, sobre todo en México (Fondo de Cultura Económica) y en Argentina (Losada para literatura y Nueva Visión para el estructuralismo). A estas precisiones debo añadir la función crucial de los mediadores, editores, periodistas, críticos, escritores y profesores de diversas disciplinas, que estaban en contacto con las novedades y procuraban darles difusión a la vez que importaban autores, ideas y métodos. En cierta medida, como pasaba en el movimiento original, la recepción del estructuralismo no se limitó a una sola disciplina, en un momento, además, en el que el espacio cultural era bastante estrecho incluso en una ciudad como Barcelona, que facilitaba precisamente los contactos entre personas e ideas.

He podido encontrar en el ámbito catalán una publicación temprana relacionada con una variante del estructuralismo en la revista cultural *Inquietud*, de Vic, en su último número, el 36 (septiembre de 1966), donde Lluís Solà tradujo «L'estructuralisme genètic en la història de la literatura», de Lucien Goldmann (Quintana, 2000: 269), adelantándose a la editorial Ciencia Nueva (Madrid), que recogió el artículo en la traducción de *Para una sociología de la novela* (1967, edición original: 1964), pero casi al mismo tiempo en que Edicions 62 publicaba *Ciències humanes i filosofia* (1966, edición original: 1952), que no consiguió el público que la primera sí; tampoco consiguió lectores la traducción de Península (la rama en castellano de Edicions 62) de *El hombre y lo absoluto*, del mismo Goldmann, traducción de *Le Dieu caché* (1954), su gran estudio sobre Pascal y Racine, que intentaba explicar la complicada relación entre el individuo, la ideología y la estructura social.

Al amparo de la Abadía de Montserrat, la revista *Serra d'Or* se convirtió entre 1967 y 1970 en un referente cultural de primera importancia. Para comenzar, el número de agosto de 1967 publicaba una extensa entrevista de Víctor Mora (novelista, guionista del *Capitán Trueno*, militante del PSUC, entonces exiliado en París) a Claude Lévi-Strauss³. Una de las preguntas de esta entrevista es qué es el estructuralismo (Mora, 1967). Mi padre compraba la *Serra d'Or* y, si no me falla la memoria, fue gracias a esta entrevista que supe que existía eso del estructuralismo. Ahora bien, en el número de febrero, Alexandre Cirici Pellicer, un crítico de arte dinámico y muy informado (aunque a veces caía en lo superficial o el *name dropping*), había publicado un artículo bastante sintomático con el título de «Una visión estructuralista» (Cirici, 1967a), y en marzo publicó otro en el que mencionaba los diálogos que se celebraban en la Escola de Disseny EINA (en cuya fundación había participado en 1967), en esta ocasión

NOTAS

3 | Que V. Mora transcribe como «LévyStrauss».

4 | De Umberto Eco Seix Barral había publicado *Obra abierta* (1965), pero todavía no había salido la de de *Apocalittici e integrati* (1964), que tuvo que esperar a la traducción de Lumen de 1968, de éxito extraordinario.

con el grupo italiano vanguardista 63, en el que figuraba Umberto Eco (Cirici, 1967b)⁴. El mismo Alexandre Cirici publicó más tarde en *Serra d'Or* unas «Converses amb Lucien Goldmann» (1968) y, aun más interesantes para la recepción del estructuralismo, unas «Converses amb Barthes» (1969), el mismo año en que Arnau Puig (1969) reseñó la traducción al catalán de *Crítica i veritat*, de Barthes, una traducción francamente insólita en el panorama editorial catalán⁵. De hecho, Barthes ya había sido traducido al castellano en Seix Barral en 1967: *Ensayos críticos* (1964), donde se incluye un artículo tan relevante como «La actividad estructuralista» (1962). Cuando publicó en 1967 en *Serra d'Or* un artículo sobre «Crítica i lectura», un escritor y crítico no demasiado recordado, Josep Iborra, demostró que tenía presente a Barthes. Ahora bien, la pequeñez del mercado editorial catalán explica que se publicara solamente otro libro de Barthes, *El grau zero de l'escriptura. Nous assaigs crítics*, ahora a cargo de Edicions 62 (1973)⁶.

El esfuerzo de Edicions 62 revela la ambición y las limitaciones del mercado editorial catalán, siempre en busca de un público numéricamente reducido que disponía además de una oferta mucho más amplia en castellano⁷. La misma editorial, cuando publicaba en castellano con el sello Península, tenía mejores posibilidades. No obstante, se atrevió a publicar en catalán dos traducciones de Claude Lévi-Strauss: en 1969, un opúsculo, *Raça i història* (1952), en la colección «L'escorpí» (que alcanzaría momentos brillantes publicando ensayo de bolsillo), y en 1971, *El pensament salvatge* (1962), en otra colección, «Biblioteca bàsica de cultura contemporània», que importaba textos de referencia. Por otra parte, la editorial Anagrama intentó publicar en catalán y puso en marcha una colección, «Textos», de corta duración, en la cual, al lado de Sartre y Pavese, incluyó *Tristos tròpics* (1955), también de Lévi-Strauss, en 1969.

Volviendo a Edicions 62, la traducción en 1969 de *L'estructuralisme* (1968), de Jean Piaget, en la colección de ensayo más conocida de la casa, «Llibres a l'abast», se convirtió en un indicador de la recepción de la moda parisense, de la celeridad a la hora de traducir, del acierto del título seleccionado (un ensayo riguroso que busca precisar el sentido del término «estructura»), pero también indicador de ventas escasas⁸. Del diálogo, o enfrentamiento, entre el marxismo que tanta fuerza tenía en la década de los sesenta en el pensamiento europeo occidental, y el estructuralismo pujante que lo estaba desplazando (en colaboración con hechos políticos como el estallido de la primavera de Praga o la evolución frustrada del mayo francés), es un síntoma la traducción en 1970, publicada en «Llibres a l'abast», de *Marxisme i estructuralisme* (1964), de Lucien Sebag (alumno de Claude Lévi-Strauss y paciente de Jacques Lacan), cuya aportación no recibió la atención que sí obtuvo Louis Althusser⁹. Como he dicho al comenzar, los bárbaros habían llegado. Los estábamos esperando.

NOTAS

5 | Lo más curioso de la traducción de Jaume Vidal Alcover, en general correcta, es que traduce «*discours*» como «razonamiento», señal de su poca familiaridad con la terminología que acabaría imponiéndose.

6 | En el «Prólogo» a la edición de 1971 del *Josafat* de Prudenci Bertrana, utilicé, temo que desacertadamente, *Le degré zero de l'écriture*, de R. Barthes.

7 | Debe tenerse siempre presente al hablar de los últimos 10 años de la dictadura que, de 1939 en adelante, la lengua catalana había sido desterrada de la vida pública, y en consecuencia, a los posibles lectores, escolarizados únicamente en castellano, les costaba leer en su lengua materna.

8 | La traducción de Piaget disputaba el mercado con libros de divulgación como el de Jean-Marie Auzias, *El estructuralismo* (Alianza, 1969), *Las estructuras y los hombres* (Ariel, 1970) y *El estructuralismo como método*, de Louis Millet y Madeleine Varin d'Ainville, (Cuadernos para el Diálogo, 1972), si me limito a las editoriales españolas.

9 | Es interesante, en este sentido, el volumen colectivo *Estructuralismo y marxismo*, de 1969 (edición original de 1967), con prólogo de Eugenio Triás, «Luz roja al humanismo» (9- 21), publicado después de su propio libro *La filosofía y su sombra*, inequívocamente estructuralista (con referencias abundantes a Lévi-Strauss y Foucault, y más discretas a Althusser), así como los tres que publicó de un tirón en 1970: *Teoría de las ideologías*, *Filosofía y carnaval* y *Metodología del pensamiento mágico*, con la preocupación constante de encontrarle un lugar a la filosofía.

Bibliografia

- AA.DD. (1967): *Estructuralismo y marxismo*, tr. A. G. Valiente, pr. E. Trías, Barcelona: Martínez Roca, 1969.
- BARTHES, R. (1953, 1972): *El grau zero de l'escriptura. Nous assaigs crítics*, tr. M. Martí i Pol, J. Cabanes i C. Ciuraneta, Barcelona: Edicions 62 «Llibres a l'abast», 112), 1973.
- BARTHES, R. (1964): *Ensayos críticos*, tr. C. Pujol, Barcelona, Seix Barral, 1967.
- BARTHES, R. (1966): *Crítica i veritat*, tr. J. Vidal Alcover, Barcelona: Llibres de Sinera («Sitges», 5), 1969.
- CIRICI, A. (1967a): «La visió estructuralista», *Serra d'Or*, IX: 2 (febrer), 67-69.
- CIRICI, A. (1967b): «Diàlegs d'Eina. El grup 63 i l'avantguarda», *Serra d'Or*, IX: 3 (març), 67-69.
- CIRICI, A. (1968): «Converses amb Lucien Goldmann», *Serra d'Or*, 103 (maig), 102-104.
- CIRICI, A. (1969): «Converses amb Roland Barthes», *Serra d'Or*, 113 (febrer), 53-55.
- DÍAZ, E. (1973): *Notas para una historia del pensamiento español actual, 1939-1973*, Madrid, Edicusa, 1974.
- DOSSE, F. (1991): *Histoire du structuralisme*, París: La Découverte, 2 vols.
- FONT, P. LL. (2001): «Un segle de filosofia a Catalunya», a P. Casanovas (ed.), *Filosofia del segle XX a Catalunya: una mirada retrospectiva*, Sabadell: Fundació Caixa de Sabadell, 39-57.
- GOLDMANN, L. (1952): *Ciències humanes i filosofia*, tr. A. Gil, Barcelona: Edicions 62 («Llibres a l'abast», 38), 1966.
- GOLDMANN, L. (1955): *El hombre y lo absoluto. "Le Dieu caché"*, tr. J. R. Capella, Barcelona, Península, 1968.
- GOLDMANN, L. (1964): *Para una sociología de la novela*, tr. J. Ballesteros i G. Ortiz, Madrid: Ciencia Nueva, 1967.
- IBORRA, J. (1967): «Crítica i lectura», *Serra d'Or*, IX: 5 (maig), 65-66.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1952): *Raça i història*, tr. M. Adrover, Barcelona: Edicions 62 («L'escorpí», 6), 1969.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1955): *Tristos tròpics*, tr. M. Martí i Pol, Barcelona, Anagrama («Textos», 4), 1969.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1962): *El pensament salvatge*, tr. M. Martí i Pol, pr. E. Trías, Barcelona, Edicions 62 («Biblioteca Bàsica de Cultura Contemporània», 23), 1971.
- MARTÍNEZ ROMERO, C. (1989): *El pensamiento teórico-literario español (1965-1975)*, Granada, Universitat de Granada.
- MORA, V. (1967): «Una hora amb Lévy-Strauss», *Serra d'Or*, IX: 8 (agost), 36-39.
- PIAGET, J. (1968): *L'estructuralisme*, tr. J. Costa i G. Woith, Barcelona: Edicions 62 («Llibres a l'abast», 78), 1969.
- POZUELO YVANCOS, J. M^a (2011): «Filología, crítica, teoria (1900-2010)», a J. M^a Pozuelo (ed.), *Las ideas literarias, 1214-2010*, dins J.-C. Mainer (dir), *Historia de la literatura española*, vol. 8, Barcelona: Crítica, 545-711.
- PUIG, A. (1969): ressenya de Roland Barthes, *Crítica i veritat*, *Serra d'Or*, 123 (desembre), 93.
- QUINTANA, A. (2000): «La revista *Inquietud*», *Ausa*, XIX: 145, 251-269.
- SEBAG, L. (1964): *Marxisme i estructuralisme*, tr. J. Feixas, Barcelona: Edicions 62 («Llibres a l'abast», 84), 1970.
- SULLÀ, E. (1971): «Pròleg», a Prudenci Bertrana, *Josafat*, Barcelona: Edicions 62 («Antologia Catalana», 67), 5-15.
- TRÍAS, E. (1969): *La filosofía y su sombra*, Barcelona: Seix Barral.

RETÓRICA Y JERGAS EN LA CRÍTICA CONTEMPORÁNEA* (1987)

Nora Catelli

El título general de estas charlas, como ustedes saben, es *En los límites de la crítica*. Hay dos maneras de efectuar la exégesis de esta rica e interesante ambigüedad, la que sus términos plantean. Si nos atenemos a una primera interpretación, la de que el título se refiere a la situación actual de la crítica en España, debemos concluir que se refiere a los límites de la crítica en España y afirmaríamos que los límites de la crítica son, aquí, los límites de sus críticos. Para hablar de eso, con ejemplos, y, sobre todo, con una visión histórica, debemos desprendernos por un momento de toda preocupación de alcance más ambicioso. Porque la segunda interpretación del título sí es ambiciosa, la segunda interpretación vería en ese título una inquisición, la invitación a una búsqueda; una búsqueda específica, la de los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual. En este corte interpretativo, sincrónico, si se quiere, con respecto al primero, que se refiere a los límites de la crítica en España, el primero no queda de ninguna manera englobado. Quiero decir: se plantea entre ambas interpretaciones, y los ámbitos que cada una de ellas cubre, un hiato, un auténtico vacío.

Sólo instalándose en ese vacío y reconociendo la enorme distancia y la absoluta heterogeneidad de los dos órdenes de nociones y conceptos y hechos que ambas plantean puede reflexionarse — podemos reflexionar, porque somos parte de esa tensión, de ese desajuste, de esa desavenencia y hasta cierto punto somos sus agentes y la producimos— sobre ellos. Sin descuidar el análisis y la descripción de la crítica en España, porque es nuestro punto de partida y es nuestro medio natural; pero también sin abandonar la exigencia de una lectura de la teoría de la crítica contemporánea, cuyo campo no da por supuesta ninguna relación, ni de grado, ni de sustancia, ni siquiera de contemporaneidad, con los límites de la crítica española.

Un ejemplo: en enero de 1987, la Asociación Colegial de Escritores editó un número monográfico de ciento y pico páginas dedicado a «La crítica literaria», que contenía opiniones de dieciocho críticos (periodistas y/o profesores universitarios en su mayoría, y además una buena muestra de todos los que hay) y encuestas a periódicos y escritores. Bien, suponiendo que, por alguna razón —lejanía, imposibilidad de acceder a otras publicaciones—, un lector interesado

* Esta conferencia, impartida en 1987, fue publicada en *Curs En els límits de la crítica*, Barcelona, Fundació Caixa de Pensions, 1988. Agradecemos a la autora la cesión del texto para publicarlo y traducirlo al catalán, euskera e inglés.

dispusiera de este tomo únicamente y decidiera hacerse mediante él una idea del estado general de la crítica española, llegaría a la convicción de que la crítica literaria es una rama menor de la publicidad editorial, de que sus instrumentos teóricos son, desde el punto de vista lingüístico, pre-saussurianos; desde el punto de vista del estudio del sentido y la dimensión del sujeto, pre-freudianos; y desde el punto de vista de la crítica impresionista, ingenuos.

A partir de fuentes enormemente dispares, que abarcan desde los dos Menéndez, Pidal y Pelayo, pasando por Blanchot, Eliot, Eugenio de Nora, Bousño, Juvenal (y hasta un crítico, Corrales Egea, inventor de una subespecie del carácter del profesional español, que consistiría en una suerte de energúmeno simpático), la conclusión, fantasmagóricamente idéntica y, si consideramos la disparidad de concepciones acerca de la literatura que hemos mencionado antes, insólitamente idéntica, sustenta la sospecha de que si no hemos desarrollado demasiado un buen sentido natural y propio sustentado en un buen gusto también natural y propio acerca de la literatura se debe al «mal uso» de las teorías foráneas. Eso se afirma, es verdad, con cierta cautela: se concede que las teorías foráneas no están mal, consideradas en su medio «natural», pero, extrapoladas, se convierten en jergas terroristas: desde los «actantes» de la semiología hasta el «horizonte de expectativas» de la estética de la recepción de H.R. Jauss y la Escuela de Constanza, estas terminologías son, de alguna manera, *perversiones*; es decir, *versiones desviadas*, que dan un rodeo a ese núcleo central incontaminado que es nuestra natural tendencia a bien gustar y apreciar lo literario.

¿Cómo dar cuenta de tan descorazonador panorama sin quedar atrapado en las redes de la invectiva? Situando históricamente, con respecto a un patrón de medida, digamos «internacional», este paisaje peninsular tan decepcionante. Sabemos que hoy existen cuatro formas de practicar la crítica literaria:

- 1) la primera forma consiste en la crítica práctica de recensiones, periodismo literario y de cultura: su papel es el de la intermediación;
- 2) la segunda es la historia literaria académica, que desciende de las disciplinas del siglo XIX, como los estudios clásicos, la filología y la historia de la cultura: su misión es la formación del cuerpo de la tradición;
- 3) la tercera forma es la de la valoración literaria y la interpretación –principalmente académica, pero no sólo académica– que es lo que se transmite cuando se enseña a leer un poema (previamente la historia literaria habrá determinado *qué* poema) o cómo disfrutar de la complejidad

de un concepto o cómo concebir la literatura como lenguaje figurado de características únicas y a la vez no reductibles al mensaje moral, ideológico o político: aquí se trata de la formación y consolidación de una esencia literaria, de un ser de lo literario;

4) la cuarta forma es la de la teoría literaria, relativamente nueva, disciplina que tiene sus precursores, como Walter Benjamin y Georgy Lukacs, y sus tendencias principales serían los diversos formalismos a partir del formalismo ruso de los años veinte, la semiótica, la desconstrucción, la nueva hermenéutica, la narratología, la nueva retórica, cierta nueva estilística representada por Jean Starobinski y la crítica feminista: aquí se desarrolla otra cuestión. No es la de la intermediación, ni la de la tradición, ni la de la emergencia de una esencia de lo literario, sino la idea de una inquisición o reflexión sobre los límites y alcances de lo literario en todos los discursos. No todas las tendencias o escuelas o doctrinas que he mencionado aceptarían esta definición o aproximación mía, pero quiero retener de todas ellas una propuesta común: la de que la teoría literaria ha de dar cuenta, ante todo, de las condiciones de producción y enunciación de su propio discurso. Si ustedes permiten esta arbitrariedad, diré que la teoría literaria reflexiona siempre sobre sí misma: plantea, ya para negarlo, ya para sumergirse en ello, el problema de la autorreferencia. Como volveré después sobre esto, porque este es el campo de la segunda interpretación del título de estas charlas, ahora lo suspendo aquí y vuelvo sobre los límites de nosotros, los críticos, y de nuestros críticos.

De las cuatro formas que yo he mencionado —y que he tomado prestadas, con algunas modificaciones, de un artículo de Edward Said, el primero de su libro de ensayos *The World, the Text, and the Critic* (1983)—, en nuestro medio se practican con toda energía las dos primeras: la que cumple el papel de intermediaria (la de las reseñas y la del periodismo de cultura); y la segunda, que goza de una vitalidad sólo superada por la inercia de pensamiento de sus contenidos: hablo de la historia literaria y de la filología heredera de la de comienzos de siglo. No es que la filología sea desdeñable en sí: el problema es que, para funcionar, la filología debe efectuar una serie de operaciones sobre el texto que garantice una reconciliación general de todas las tensiones posibles. Cuando digo texto uso aquí la palabra en sentido estricto: ese lugar donde se produce el sentido o donde lee el sentido una cultura, y sé que esta es sólo una de las muchas definiciones de textos posibles, pero es, quizá, la que da cuenta desde las definiciones de Barthes (un texto es una nominación en devenir o en desarrollo, una aproximación inaprensible, un lugar donde se produce el trabajo del lenguaje, que es la lectura) a las

de Julia Kristeva en *Semeiotiqué* (1969) (el texto como una práctica significante, como centro en el que se cruzan los códigos ideológicos y estéticos, como el lugar que designa los límites del sistema conceptual, de toda inteligibilidad porque los somete a su práctica específica, que es la práctica significante), o la definición de texto de Umberto Eco (expansión de un semema o unidad de significación, o una máquina presuposicional, o una cadena de artificios expresivos necesitada de trabajo cooperativo o lectura porque es reticente, o un encadenamiento económico que vive del plusvalor producido por el destinatario, o un producto cuya suerte interpretativa debe ser parte del propio mecanismo generativo); o el texto de Derrida (el texto en general como tejido de signos —Derrida parafrasea primero irónicamente la noción filológica de texto, asentada en esa metáfora, «tejido», y consagrada por el uso desde Quintiliano, para luego distinguir al *texto* del *libro* y afirmar que la destrucción del libro, tal como la anuncia ahora (*De la Gramatología* en 1967), descubre la «superficie» del texto, que es lo que es con respecto a algo que no hay, que es lo que está fuera del texto, porque *nada* está fuera del texto, y en la superficie del texto reside el juego de los sentidos que ese mismo texto destruye.

Esta pequeña digresión da la pauta, entonces, de cuál es la certeza filológica donde se asienta el saber académico de nuestros críticos: un discurso que, cuando está acompañado por el genio crítico, realiza, en su búsqueda de la verdad, el proceso del conocimiento, y, tal sería indudablemente el caso de nuestros grandes críticos, entre ellos Dámaso Alonso, pero que, en su práctica reiterada, desligado de esta preocupación por la nueva metaforización del «texto» (vieja metáfora desprovista, por el uso, de toda figuración en el campo de la filología) sólo practica una reiteración de la autoridad de aquellos que, a partir de Menéndez Pidal, fijaron el centro del valor literario y, con reverencia, repiten y ajustan el gran discurso conciliatorio. En nuestro campo, la función de la filología es demostrar, por vía del apaciguamiento de todas las aristas, que todo es legible cuando el sentido común se impone, que ninguna «versión» del texto es perversa, sino que tan sólo se aleja para volver al canon, y que la función del canon, al revés de lo que suele afirmarse, no es la de anatematizar sino la de integrar.

La tercera y la cuarta forma son, en el campo de la crítica literaria en España, en el campo de sus límites y dentro de la primera interpretación con que abrimos esta charla, más problemáticas: una forma apenas practicada, en el caso de la tercera, y en el de la cuarta, una forma casi inexistente. El tercer campo, el de la interpretación y la valoración con miras a fijar la esencia de lo literario han tenido poca relevancia y poca práctica reales en nuestra crítica contemporánea. Por lo tanto, las maneras en que se enseña a cómo leer un poema, luego de que la historia literaria haya fijado qué poema, o cómo

disfrutar de un concepto, tras que la Academia lo haya formulado en redes coherentes, no se erigen en una construcción que pueda transformar la filología, sino en una glosa de la filología y en un culto reverencial a sus autoridades. Por otro lado, el ensayismo, por su carácter incompleto y abierto, correa de transmisión de lo nuevo, en la península se dedica más bien a consagrar lo viejo o a rearmarlo. Un interesante ejemplo de cómo se refuerza esta instancia consistiría en describir el modo en que la cuestión de la hispanidad, consagrada en la literatura por la gran filología positivista de los Menéndez, ideológicamente desterrada del discurso de la cultura no oficial después de la guerra civil, reaparece en el ensayismo actual —pienso en Rubert de Ventós y en Racionero fundamentalmente—, para reforzar el cuerpo de lo definido como «hispanidad» en la crítica a partir de la fijación previa por parte de la filología.

¿Cómo pasar, entonces, de reflexionar sobre los límites de la crítica en España a una aproximación al límite teórico del discurso crítico? Situándonos en un extremo, en el lugar desde donde se postula que todos los discursos —entre ellos, el de la crítica— escenifican, muestran, exhiben, algo que, en principio, ha sido considerado, cuando domina sobre todos los otros órdenes, únicamente propio del discurso literario: el orden retórico. Es decir, el orden en que lo que se impone como modelo de lectura es una distribución de *figuras* que, al mostrarse, sólo hablan de sí mismas, para, al mismo tiempo, desde sus contenidos, al menos sus contenidos explícitos. Lo que esta crítica postula no es otra cosa que la *ilegibilidad*. En este aspecto que desarrollaré a continuación existen hoy dos grandes corrientes hermenéuticas que intentan dar cuenta de la posibilidad (o no) de *una* lectura en relación con *cierta* verdad y, a partir de esta posibilidad, dar cuenta de la relación del discurso crítico, en su frontera misma, con el discurso literario. La primera de estas hermenéuticas, de raíz filosófica, está representada en el campo de los estudios literarios por los discípulos y seguidores de Gadamer y encuentra su máxima y conciliadora figura en H.R. Jauss. La segunda corriente hermenéutica (llamada también desconstrucción), que seguramente no aceptaría el término de «hermenéutica» que más arriba le hemos atribuido, sostiene que la pregunta por la verdad es en sí misma una mixtificación y que el discurso (el de la crítica, pero también cualquier discurso) ha de disolver el sentido, ha de aceptar que se disemina en una trama de relaciones, de la cual sólo se puede predicar una doble figuratividad, ni lógica ni semántica, sino retórica.

Texto, lógica, semántica y retórica: este es el campo en el que deberemos instalarnos ahora para intentar descubrir cuál es el perfil de este límite teórico. Para ello deberemos seguir el planteo que desarrolla Paul de Man en el capítulo introductorio de su libro quizá más importante, publicado en 1979, tres años antes de su muerte. En efecto, en el capítulo introductorio de *Alegorías de la lectura*,

titulado *Semiología y retórica*, Paul de Man lleva hasta el límite mismo una disyunción: postula una separación profunda y radical de la retórica, tanto de la estructura semántica del texto como de la actividad interpretativa del texto. Quiero decir que, para Paul de Man, los diversos formalismos desde principios de siglo, desde el ruso a la narratología, pasando por la teoría del relato y el estructuralismo —ligados a la suposición de que en la descripción sincrónica residía una garantía de cientifismo desde el punto de vista del análisis— habían reducido la cuestión de la lectura y, por lo tanto, la cuestión de la interpretación a un punto cero.

Por otro lado, la escuela de la recepción, apropiándose de esa base cientifista de los estudios estructuralistas y semióticos, le había agregado (como una solución de compromiso) la idea de que se podía incluir la secuencia histórica de las diversas lecturas —lo que conforma la historia de las lecturas y sus modificaciones—, para así tratar de dar cuenta de la variedad histórica de las interpretaciones y de su relatividad y, por tanto, regular la intervención del lector en el proceso: insertarlo, junto a la semiótica de la base, como el detentador de un principio de orden.

La de Jauss es, pues, una solución de compromiso. Gadamer, su maestro, pondría, en cambio, toda la energía en la capacidad «creativa» y productora de «verdad» de la interpretación. Mientras que en el otro extremo, Hirsch, en *Validity in Interpretation*, atribuía el orden de la «verdad» a la voluntad del autor. Para hacerlo de modo «científico», Hirsch distingue entre el significado y la significatividad de un texto: el significado o *meaning* es su base semántica inmutable, y la significatividad, en cambio, muda con las interpretaciones.

En ambos casos, y por razones opuestas, persiste tanto en Gadamer como en Hirsch la idea de que existe una correspondencia entre la semántica, la lógica gramatical y la historicidad. Lo que varía es el papel de movilidad y permanencia que Hirsch y Gadamer atribuyen a cada uno de esos elementos. El extremo cientificismo de los semiólogos y el extremo nihilismo de los seguidores de Gadamer —con la salvedad del contemporizador Jauss en el medio— muestran, sin embargo, una idea común para el discurso de la crítica: la idea de que se puede dar cuenta de la verdad negando el cientifismo de la semiótica, en Gadamer; o la idea (contraria), según la cual se puede dar cuenta de la verdad en el cientifismo de la semiótica anulando la mutabilidad y la subjetividad del intérprete.

El trabajo de Paul de Man se instala en otro lugar: allí no hay reconciliación posible entre estos extremos, no hay forma de dar cuenta de lo literario en el discurso de la crítica sino mostrando que la retórica es irreductible, discrepante y heteroclita con respecto a la lógica y a la semiología y con respecto a la paráfrasis interpretativa.

Veamos cómo llega a este punto y qué consecuencias tiene para nuestra propia pregunta inicial.

Paul de Man parte de la comprobación de que el código general de lo literario se ha vuelto inusualmente complejo y conspicuo para nosotros. Al decir conspicuo queremos decir autoevidente, evidente para sí mismo: para funcionar, este código atrae hacia sí una notable cantidad de esfuerzos y energía que han de hacerse carne, que han de encarnarse en una serie de métodos. Es el momento en que todo el cuerpo de lo literario (la poesía, la novela, la crítica) se alimenta de formalismo y uno se encuentra en ese punto privilegiado —que ahora vemos como pasado— en que se construye el aparato técnico de trabajo sobre los textos literarios y ellos mismos se ven como aparato de experimentación: son los años de la Nueva Crítica norteamericana, la estilística y el formalismo ruso.

Es un momento fundamental y que produce un cambio conceptual importantísimo. A partir del formalismo, se opera una inversión completa en nuestras nociones acerca de la polaridad entre lo intrínseco y lo extrínseco: la forma, tradicionalmente vista como cobertura, como revestimiento, como ornato, será lo intrínseco, mientras que el significado, el contenido, lo referencial, lo que tradicionalmente se veía como núcleo, centro, raíz, corazón, será visto como lo extrínseco, la forma de lo inmanente.

Pero, dice Paul de Man, ese enorme y opaco código literario, junto a esa inversión de lo extrínseco y lo intrínseco, producen una suerte de claustrofobia, un estado de inercia en la crítica, un agotamiento de las fórmulas que Adorno había propuesto como «estética de la negatividad» y una vuelta, un retorno, a cierto tono conciliador. Así, dicen los representantes de la escuela de la recepción, el discurso de la crítica no debería practicar y glosar la separación total entre el texto y la referencia (o el mundo, podríamos decir) sino que debería intentar conciliar, mediante ciertos matices de relativización histórica, esta angustiada y claustrofóbica ortodoxia de la vanguardia. Para superar esta atmósfera irrespirable, cuyos síntomas son el silencio del artista, la tela en blanco, el espacio vacío, el intervalo infinito entre dos notas, surge un modelo que de Man llama «el modelo falso»; un modelo que es recurrente y que vuelve a la carga. Es la vieja noción de que existe un *adentro* y un *afuera* del texto, una inmanencia, ya aceptada, y una exterioridad, que se insinúa insidiosamente de nuevo, para que el discurso crítico se haga cargo de ella: ¿hay que recordar que el *adentro* y el *afuera* son metáforas cuya función es dotar al texto de una figura del orden de la representación, de lo físico, de lo concreto? Este falso modelo crítico se apoya —hay que recordar aquí al Umberto Eco de *Apocalípticos e integrados*, por ejemplo, y todos los intentos de escribir una crítica de la «cultura complaciente»— en un razonamiento doble: bueno, parece decirse

el crítico, si el gran código prestigioso de la literatura de Occidente está fijado, ¿por qué no podemos ahora volver al campo mucho más agradable de las relaciones entre lo verbal y lo no-verbal, o lo verbal y lo referencial?

¿Por qué no descansar de la encerrona jergosa y autorreferencial escribiendo sobre textos híbridos, sobre formas populares orientadas hacia la gratificación y la convención y la identificación masivas, o formas autobiográficas y biográficas puras? Allí, es cierto, podemos dar por supuesto que los grandes problemas de la forma literaria están bajo control y podemos dedicarnos a la «política exterior». Abandonemos la retórica dura y la escritura dura de su crítica y volquémonos a los remansos de la historia, la biografía, el contexto, donde puede resurgir aquello que una vez conocimos como orden de *interpretaciones válidas*: sociológicas, históricas o, desde el campo de la semiótica, la reducción de la escenografía de la retórica del texto a su estructura u organización semiótica.

Lo que postula de Man es que la crítica de la desconstrucción debe, al menos, tratar de evadirse de este juego polar y binario entre formalismo y «contexto», cuya seducción reposa en la hermenéutica, en el juego de la interpretación. Es cierto que Paul de Man acepta que la semiótica tuvo un carácter oxigenante en el campo de la crítica, porque supuso la aceptación de la arbitrariedad del signo y del carácter autoteleológico del mensaje poético y porque, al mismo tiempo, liberó al discurso crítico del peso muerto de la paráfrasis, o sea, de la suposición corriente de que la crítica es aquel discurso que debe decir *lo mismo* en otras palabras; más aún, que sólo así es crítica.

Pero, señala de Man, el mito de la correspondencia semántica entre signo y referente, al que subyace la idea de una Naturaleza que dota de sentido a lo natural, a lo «humano», reaparece en los más crudos análisis ideológicos. Y nuestra crítica española podría ser englobada aquí, porque se apoya en la creencia en un orden natural, en una tradición omnicomprendiva y en un sentido «lógico» o sensato de las cosas.

Se llega, entonces, a la convicción de que se puede ser un formalista por las mañanas y un parafraseador de la sustancia del significado por las noches, dice de Man parafraseando a su vez a Marx en *La ideología alemana*.

Así, para de Man, críticos tan dispares como Barthes, Genette y, sobre todo, Greimas utilizan estructuras gramaticales junto a estructuras retóricas, y sustentan una teoría de las figuras sin que aparentemente tengan conciencia de la discrepancia entre unas y otras. Las transiciones entre las funciones gramaticales y las

retóricas en *Figuras III* (1972) de Genette, por ejemplo, se plantean sin interrupciones. De hecho, junto a las estructuras gramaticales, tal como se ha refinado hoy su estudio en el generativismo y la gramática transformacional, aquellas son postuladas como una extensión de la lógica de los estudios gramaticales. Serían capaces de dotar de una particular subestructura lógica, debajo mismo de la estructura sintáctica del texto, al orden de los tropos y de las figuras, que es el orden en que el texto mismo dice que debe ser leído: no habría entonces tensiones lógicas en el pasaje de la semiótica a la retórica. Para de Man, en cambio, el orden retórico es una atmósfera en la que los tropos quedan suspendidos en el aire y la sintagmática del texto, es decir, su organización en unidades contiguas, es otro tropo, otra propuesta retórica más del texto. La sintaxis se vuelve, así, despliegue figurativo y, como tal, lucha y se contradice con la retórica explícita de ese mismo texto.

Veamos un ejemplo. Paul de Man analiza el final del pasaje de Proust: «Dans le torride [calor] mon repos... supportait, pareil au repos d'une main immobile au milieu d'une eau courante, le choc et l'animation d'un torrent d'activité» (1954: 83) de la siguiente manera: 1) el poder persuasivo del pasaje depende del papel del verbo «supporter», que significa «tolerar» y también «sostener» y «aguantar». Este confiere al reposo un papel fundacional en relación con la actividad del exterior (en relación con la acción); y el narrador queda justificado, en su huida del mundo, porque en la quietud alcanza a abrazar el movimiento de la vida en su totalidad. Ello elimina o es, al menos, una estrategia de eliminación de la culpa («motivo central proustiano»), «siempre centrada» en las acciones de «escribir y leer» y asunto recurrente en las autobiografías. 2) Las transferencias y cruces entre las dos cadenas incompatibles, cuyos términos hemos enumerado más arriba, se establecen en el ámbito de una simple oración y, más estrechamente aun, en el de un cliché, «torrent d'activité», que, en francés tanto como en castellano, ha perdido sus «connotaciones literales» a favor de su sentido figurado (el de «acumulación» o «suma de cosas»). 3) Pero el sentido literal reaparece por la similitud entre los significantes «torride» y «torrent», con lo cual el calor se reinscribe secretamente en la cadena y anula la incompatibilidad de las dos series anteriores. 4) La cercanía de «eau courante» reanima metonímicamente la metáfora dormida en «torrent» al conferirle su antigua literalidad, pero, al mismo tiempo, la inviste de la propiedad de frialdad inherente a «eau courante». Con ello, «torrent» une, contra toda lógica, dos estadios históricos de su propio devenir figurativo (metáfora-cliché-metáfora) y dos propiedades que antes se habían señalado como contradictorias. 5) «La estructura retórica de esta parte de la frase es, pues, doblemente metonímica»: porque la unión de los dos términos en el cliché no está gobernada por lazos de necesidad analógica, o anudada en una propiedad de raíz común, y porque la reactualización metafórica del cliché se debe a

la proximidad de otros términos («eau courante»), cuya existencia es, para decirlo en los términos de Genette, narrativa y diegética. 6) Finalmente, porque la propiedad que se reanima en virtud de la existencia del pasaje precedente «no es precisamente la que sirvió para acuñar la metáfora original, ya que la figura “torrent d’activité” se basa en la amplitud, en la acumulación, y no en la frialdad».

Persuasión y fraude (o engaño) son aquí las palabras clave: para de Man el texto persuade de una retórica que desdice («decept») en sucesivas aporías. No se trata de que el texto de Proust consiga la realización de metáforas de brillo extraordinario, permitiéndose a sí mismo la licencia metonímica para existir: esa sería la solución de compromiso de los narratólogos. Se trata de que las figuras de necesidad (los lazos analógicos) están socavados y contaminados por el orden metonímico. Se trata, en fin, de aceptar que no es posible establecer un orden de figuras cuyo sustrato o base sea lógico y lingüístico. El orden de la figuración tiende a la fragmentación y a lo abierto; la síntesis (lo que se llama habitualmente «la profunda unidad del texto») es otra figura más de nuestro deseo de conciliación: «Como escritor, Proust es aquel que sabía que la hora de la verdad, como la de la muerte, nunca llegan a su debido tiempo, puesto que lo que llamamos tiempo es, precisamente, la torpeza de la verdad para coincidir consigo misma» (De Man, 1979: 78).

Composición contradictoria, abierta y hasta degradada: no hay colmadura posible de lo retórico a través de lo sintáctico; hay insuficiencias, rasgadas, cortes, caídas bruscas en una especie de vuelo rasante. Debe ser así, porque el texto proustiano «expresa la imposibilidad de una lectura cerrada, completa, que satisfaga la necesidad de una ética de la acción con más eficacia que una acción real». Existe, pues, una disyunción entre mi respuesta (estética) y la conciencia del texto (retórica): no hay lugar para una «pseudosíntesis» entre el *adentro* y el *afuera* del texto. Como esta disyunción es un oxímoron, y como este oxímoron denuncia una incompatibilidad «lógica, más que representacional», tal oxímoron es en realidad una *aporía*: «¿Podremos concluir, así, que esta aporía es la alegoría narrativa de su propia desconstrucción?». Si esta conclusión es posible, «dejaremos atrás todo comentario, toda paráfrasis, toda referencialidad».

Se me ocurre que ustedes podrían, a partir de lo anterior, plantearme varias preguntas: ¿qué zonas específicas ocupa la alegoría dentro del texto literario, dentro de todo texto? ¿Qué es ese espacio que queda, ya que no entre el *adentro* y el *afuera*, entre la respuesta estética y la conciencia retórica?

Puedo imaginar para la segunda de las preguntas al menos dos soluciones: que ese espacio sea el de las lecturas que el mismo

texto literario genera (y aquí las cotas de pertinencia, aberración, e interpretación negarían la relevancia que Paul de Man confiere a lo textual como única realidad, en favor de un ámbito discursivo e imaginario mucho más permeable a lo no-textual); segundo, que ese espacio esté ocupado por una instancia paródica, entendida no como producto histórico, acotado, genérico, sino como virtualidad del discurso literario, como conciencia paródica sin sujeto. Esto último supone, tal vez, que el texto literario es un Moloch autosuficiente. Tal vez, pero no puede negarse que el trabajo sobre la figuración, sobre la retórica, es la puerta estrecha por la que deben pasar los discursos críticos. Los cargos usuales contra la desconstrucción (rigor monótono, circularidad obsesiva, utilización de una jerga) son también síntomas de la conciencia creciente de lo retórico *en* todos los discursos. Y, además, la circularidad de la desconstrucción no es del todo perfecta; pueden describirse sus asimetrías y, en ellas, las figuras que construye para poner en cuestión las nociones dominantes y los valores corrientes dentro de la crítica. La propuesta de leer la cultura como una serie ininterrumpida de tropos irreductibles a cualquier orden no textual sólo lleva, por ahora, a la emergencia de un «imaginario», que repite, en la secuencia de la crítica, la de lo literario. Pero no por eso la suspicacia respecto a su propio discurso abandonará ya al crítico. Le obliga a aceptar que no existe, por ahora, otro canon, otro modo de leer.

Bibliografía

- DE MAN, P. (1979): *Allegories of Reading*, New Haven and London: Yale University Press.
GENETTE, G. (1972): *Figures III*, Paris: Seuil.
KRISTEVA, J. (1969): *Semeiotiqué, recherches pour une sémanalyse*, Paris: Seuil.
PROUST, M. (1954): *À la recherché du temps perdu*, Paris: Bibliothèque de la Pléiade.
SAID, E. (1983): *The World, the Text, and the Critic*, London: Faber and Faber.

BARTHESIANOS DE POR VIDA* (2005)

Beatriz Sarlo

En 1958, Barthes inició un estudio sobre la moda. Todavía no había escrito una tesis de doctorado porque había pasado de un tema a otro sin alcanzar ese género fatal de la disertación académica. Entonces se le ocurrió que Lévi-Strauss fuera su director de tesis. Naturalmente, fue rechazado, pero recibió la indicación de que se ocupara sólo de la moda escrita, consejo que Barthes siguió al pie de la letra. André Martinet también recibió la visita de Barthes por la cuestión de la tesis. En el curso de un almuerzo, Barthes lo convenció a Martinet (entonces una estrella de la lingüística) y este aceptó. Pero el tema de tesis nunca llegó a registrarse en la Sorbona y Barthes prefirió escribir un libro, su libro más pesadamente semiológico, *El sistema de la moda*. Después ya no volvió a insistir con la fantasía de aprobar un doctorado. Eso le faltó para siempre.

Cuando lo rechazó, Lévi-Strauss no equivocaba el motivo: para él, Barthes era «demasiado literario». Pasó casi medio siglo desde entonces y Barthes siguió siendo «demasiado literario», es decir un escritor que tomaba sus argumentos de la literatura o los convertía a la literatura, pasándolos por su albedrío o su capricho. El sistema Barthes es arborescente pero nunca enciclopédico, construido por elecciones estratégicas en el cuerpo de la lengua francesa y otros pocos territorios, la poesía del *haiku* y el mismo Japón, el *Werther* de Goethe o los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola.

De la literatura, su obra recibió el poder de encantamiento. Barthes vuelve barthesianos a sus lectores, del mismo modo en que Proust los hace proustianos. No es una cuestión de gusto, ni siquiera es una cuestión de ideas, ni de estilo. Se trata, más bien, del descubrimiento de una sensibilidad y de sus reflejos, dónde pone los acentos, cuáles son los detalles que le importan. Los que seguimos leyendo a Barthes somos barthesianos de por vida. Se trata, sencillamente, de una conversión.

* Este texto fue publicado en el diario *Página/12* el 26 de marzo de 2005, y ha sido recientemente reeditado en el volumen *Plan de operaciones. Sobre Borges, Benjamin, Barthes y Sontag*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2013. Hoy volvemos a publicarlo con motivo del centenario del nacimiento del crítico francés. Agradecemos a la autora el permiso para reproducirlo y traducirlo al catalán, euskera e inglés.